

TRIDUO EUCARÍSTICO

Segundo día: Corpus Christi, el Pan de Vida para el mundo

Con la venia de mi Señor Sacramentado

Hermano Mayor, Junta de gobierno y hermanos de la Seráfica y Franciscana Hermandad y Cofradía de Nazarenos de las Sagradas Cinco Llagas de Cristo, Nuestro Padre Jesús de la Vía-Crucis, María Santísima de la Esperanza y San Francisco de Asís.
Queridos hermanos y hermanas todos en el Señor

Al encontrarnos esta noche ante Jesús Sacramentado, nuestro corazón se prepara ya para la gran solemnidad del Corpus Christi. La Iglesia, que vive de la Eucaristía desde hace veinte siglos, siente la necesidad de dedicar una fiesta especial a este misterio porque sabe que aquí se encuentra su tesoro más grande. Si alguien preguntara cuál es la riqueza más preciosa de la Iglesia, no tendríamos que señalar sus templos, ni sus obras, ni siquiera la admirable historia de santidad que la acompaña a través de los siglos. La respuesta está delante de nosotros. El tesoro de la Iglesia es Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento del altar. Todo lo demás pasa; Él permanece. Todo lo demás es un medio; Él es el fin. Todo lo demás recibe de Él su luz y su fuerza.

Las lecturas de la solemnidad del Corpus nos invitan a contemplar este misterio desde una perspectiva muy hermosa. Nos hablan del camino del pueblo de Dios y del alimento que el Señor le concede para sostenerlo. En el libro del Deuteronomio, Moisés recuerda a Israel los años del desierto. No fueron años fáciles. Fueron años de pruebas, de incertidumbres y de cansancios. Hubo momentos en que el pueblo experimentó el hambre, la sed y la tentación de volver atrás. Pero precisamente en medio de aquellas dificultades aprendió una lección que nunca debía olvidar: que la vida depende de Dios. Cada mañana, cuando el pueblo despertaba y encontraba el maná extendido sobre la tierra, comprendía que el Señor seguía caminando con ellos y que no los había abandonado.

Aquel maná era un milagro cotidiano. Sin embargo, no era más que una figura de otro alimento infinitamente superior. Los israelitas lo recogían cada día, se alimentaban de él y continuaban su camino. Pero todos aquellos hombres terminaron muriendo. El maná

sostenía la vida del cuerpo, pero no podía vencer la muerte. Por eso Jesús, en el discurso del Pan de Vida, establece una comparación que debió impresionar profundamente a quienes lo escuchaban: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; el que coma de este pan vivirá para siempre». Con estas palabras el Señor revela que ha venido a ofrecer algo que ningún alimento terreno puede proporcionar: la vida misma de Dios.

Quizá una de las tragedias de nuestro tiempo sea que muchas personas viven rodeadas de medios para alimentar el cuerpo y, sin embargo, descuidan el alimento del alma. Nunca el ser humano ha tenido tantas posibilidades materiales, y sin embargo pocas veces se ha visto tan herido por la tristeza, por la soledad y por la falta de sentido. El corazón humano sigue teniendo la misma necesidad de Dios que tenía hace dos mil años. Sigue buscando una felicidad que ninguna realidad creada puede ofrecer plenamente. Sigue teniendo hambre de verdad, de amor y de eternidad. Y es precisamente a esa hambre profunda a la que responde la Eucaristía.

Cuando Jesús dice: «Yo soy el Pan Vivo bajado del cielo», está revelando algo extraordinario. Nos está diciendo que Dios no se ha limitado a enseñarnos un camino; ha querido convertirse Él mismo en nuestro alimento. No se conformó con hablarnos desde lejos. No quiso simplemente enviarnos profetas o mensajeros. Se hizo hombre, entregó su vida en la cruz y después encontró el modo de permanecer para siempre junto a nosotros bajo las humildes apariencias del pan y del vino. Éste es uno de los pensamientos que más conmovían a los santos. Cuanto más profundizaban en el misterio eucarístico, más comprendían que la Eucaristía es una locura de amor divino, un exceso de amor que supera toda lógica humana.

San Alfonso María de Liguori escribía que, si Dios nos hubiera concedido permiso para imaginar la prueba de amor más grande que pudiera darnos, jamás habríamos sido capaces de imaginar la Eucaristía. Porque ningún hombre habría osado pensar que el mismo Dios se quedaría día y noche esperando a sus criaturas en miles de sagrarios repartidos por toda la tierra. Sin embargo, eso es exactamente lo que ha querido hacer Jesucristo. El amor siempre busca cercanía. El amor siempre busca permanecer. Y el amor

infinito de Cristo ha querido permanecer con nosotros hasta el final de los tiempos.

Pero el Señor no sólo se queda para ser contemplado. Se queda para transformarnos. En esto insiste con fuerza el Evangelio de San Juan. Jesús no habla simplemente de mirar el pan de vida, ni siquiera únicamente de creer en él. Habla de comerlo. Habla de recibirlo. Habla de una unión tan profunda que llega a decir: «El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él». Son palabras inmensas. Nos revelan que la comunión no es un acto externo ni una simple devoción. Es un encuentro personal con Cristo vivo que quiere habitar en el alma y hacerla partícipe de su propia vida.

Los Padres de la Iglesia quedaron fascinados ante este misterio. San Cirilo de Alejandría explicaba que, del mismo modo que dos trozos de cera fundidos por el fuego terminan formando una sola pieza, así Cristo se une al creyente en la comunión sacramental. No se trata de una unión simbólica o sentimental. Es una unión real, misteriosa y transformadora. Cristo entra en nuestra pobreza para comunicarnos sus riquezas. Entra en nuestra debilidad para fortalecernos. Entra en nuestra oscuridad para iluminarnos. Entra en nuestra fragilidad para hacernos participar de su propia vida divina.

Por eso la Eucaristía no puede dejarnos indiferentes. Si nos acercamos a ella con fe, necesariamente transforma nuestra existencia. Poco a poco cambia nuestra manera de pensar, de hablar y de actuar. Nos enseña a mirar a los demás con los ojos de Cristo. Nos ayuda a perdonar cuando humanamente nos resultaría imposible. Nos da fuerza para cargar con la cruz de cada día. Nos enseña a descubrir la presencia de Dios en medio de las circunstancias ordinarias de la vida. La verdadera medida de nuestra devoción eucarística no está en las palabras que pronunciamos, sino en la transformación que Cristo va realizando en nuestro corazón.

San Pablo nos recuerda que, siendo muchos, formamos un solo cuerpo porque participamos de un mismo pan. La Eucaristía no sólo nos une a Cristo; nos une también entre nosotros. Cada vez

que nos acercamos al altar desaparecen las diferencias que tantas veces levantan barreras entre los hombres. Ante el Señor somos simplemente hijos necesitados de misericordia. La Eucaristía construye la Iglesia porque reúne en torno a una misma mesa a personas distintas, con historias distintas y sensibilidades distintas, pero unidas por una misma fe y un mismo amor.

Quizá por eso la solemnidad del Corpus Christi tiene un significado tan profundo. No se trata únicamente de rendir homenaje a la presencia real de Cristo. Se trata también de proclamar que Jesucristo es la esperanza del mundo. Cuando dentro de unos días salga por nuestras calles bajo el palio, la Iglesia estará diciendo silenciosamente que el Señor no pertenece sólo al interior de los templos. Pertenece a la vida entera. Pertenece a nuestras familias, a nuestro trabajo, a nuestras alegrías y a nuestras preocupaciones. Quiere caminar por los mismos lugares donde transcurre nuestra existencia cotidiana porque desea iluminarlo todo con su presencia.

Pero antes de recorrer las calles de nuestro pueblo, Cristo quiere recorrer esta noche los caminos de nuestro corazón. Antes de pasar junto a nuestras casas, quiere entrar en las habitaciones más escondidas de nuestra alma. Antes de bendecir nuestras plazas, quiere bendecir nuestras heridas. Ésta es la procesión más importante. La que sucede en silencio. La que nadie ve. La que transforma lentamente una vida cuando se abre de verdad a la gracia de Dios.

San Francisco de Asís comprendió esto de manera admirable. Cuanto más contemplaba la humildad de Cristo en la Eucaristía, más crecía en él el deseo de parecerse a su Señor. Veía en el altar la prolongación de la Encarnación. El mismo Dios que se había hecho pequeño en Belén seguía haciéndose pequeño por amor. El mismo Dios que había aceptado la pobreza del pesebre aceptaba ahora ocultarse bajo las apariencias sencillas del pan. Y esta contemplación encendía su corazón de gratitud y de asombro.

También Santa Clara encontraba en la presencia eucarística la fuerza para sostener toda su vida espiritual. Sabía que delante del Santísimo no estaba simplemente ante un recuerdo del pasado, sino ante una presencia viva que podía llenar completamente el corazón

humano. Por eso invitaba a fijar la mirada en Cristo como quien contempla un espejo en el que descubre su verdadera identidad. Cuanto más contemplamos al Señor, más nos parecemos a Él.

Y nosotros, queridos hermanos, nos encontramos esta noche precisamente para eso: para contemplar. Vivimos en un mundo lleno de ruido, de prisas y de distracciones. Corremos constantemente de una tarea a otra y muchas veces olvidamos lo esencial. Por eso resulta tan hermoso detenernos ante el Santísimo Sacramento. Aquí aprendemos nuevamente qué es lo verdaderamente importante. Aquí recordamos que Dios existe, que nos ama y que permanece fiel. Aquí el corazón encuentra una paz que el mundo no puede dar.

Miremos por unos momentos a Jesús expuesto sobre este altar. No hace falta decir muchas cosas. No hacen falta discursos complicados. Él conoce nuestras alegrías y nuestras preocupaciones. Conoce nuestras luchas, nuestras caídas y nuestros deseos de santidad. Conoce incluso aquellas heridas que nunca hemos contado a nadie. Y precisamente así nos ama. Precisamente así se nos entrega como alimento. Precisamente así nos invita a acercarnos a Él con confianza.

Pidamos a la Santísima Virgen María que nos enseñe a vivir este misterio. Ella conoció mejor que nadie al Pan Vivo bajado del cielo. Lo llevó en sus entrañas, lo contempló crecer en Nazaret, lo siguió hasta el Calvario y acompañó a la Iglesia naciente que perseveraba en la fracción del pan. Que ella nos enseñe a acercarnos a la Eucaristía con la fe de los santos, con la humildad de los pobres y con el amor de los verdaderos discípulos. Y que, cuando llegue el día de nuestro encuentro definitivo con Dios, nos conduzca hasta aquel banquete eterno donde contemplaremos cara a cara a Aquel que esta noche adoramos oculto bajo las especies sacramentales.

Amén.